

Exposición cortopunzante se inaugura el próximo lunes, Día Internacional de la Mujer

Catalina Mena se toma el Bellas Artes a cuchillazo limpio

La artista cuelga 400 afilados instrumentos de cocina –bordados con palabras como “cuerpo”, “culpa” o “cansancio”– sobre la famosa escultura “Venus arrodillada”, de Ernesto Gazzeri.

RODRIGO CASTILLO R.

Un largo camino recorrió la *Venus arrodillada* antes de llegar al hall del Museo de Bellas Artes de Santiago. Realizada hacia 1900 por el artista Ernesto Gazzeri a partir de un modelo creado en la antigua Grecia, la blanca figura de mármol fue importada desde Europa como parte de un proyecto que buscaba modernizar la enseñanza de las artes en Chile. Para la élite local, que en esos tiempos ya estaba enriquecida por el salitre, esa adquisición constituyó una forma de ponerse a tono con las nociones de belleza y buen gusto que imperaban en el mundo industrializado.

Desde el próximo lunes 8, sin embargo, las delicadas formas de la diosa serán amenazadas por una lluvia de cuchillos. Sobre su



cabeza penderán 400 filosos instrumentos cortopunzantes, empleados anteriormente como utensilios de cocina, que colgarán del techo del recinto con sus puntas hacia abajo. Estarán sujetos por delgados hilos que, a su vez, serán sostenidos por clavos de acero. Se trata de una intervención de la artista Catalina Mena, titulada *Léxico doméstico*, y que será inaugurada en la misma fecha en que se conmemora el Día Internacional de la Mujer.

“La representación del cuerpo femenino en las artes visuales ha estado cargada, desde la antigüe-

dad clásica, de una cosificación que surge desde la mirada masculina. Eso conforma una red de sentido que ayuda a que las mujeres sean proclives a ser vistas como objetos, y por ende a sufrir actos de violencia. Mi idea es exponer lo anterior para hacernos cargo de esa carga simbólica, para desde allí poder entrar nuevas propuestas que integren lo que es hoy la mujer: un ser completo y con los mismos derechos y deberes que los hombres”, explica la autora.

El título de la obra se comprende plenamente al observar que la

expositora ha intervenido las 400 hojas metálicas con letras bordadas que forman palabras como “culpa”, “libertad”, “silencio”, “cansancio”, “goce” y “cuerpo”. El conjunto de vocablos conforma así un léxico posible que, según dice la artista, estaría asociado al que se utiliza a diario en la “vida común”.

“Las palabras bordadas en los filos las escogí porque me parecían conceptualmente atractivas. Todas conllevan diferentes asociaciones y sentidos, pudiendo ser suaves o duras, pacíficas o violentas, y con ellas intento mostrar un

Arma de doble filo

“Esta obra propone variadas reflexiones. Alude a la violencia dentro de lo doméstico y de lo íntimo, pero como cada cuchillo se encuentra bordado con palabras, también plantea reflexiones en torno al uso del lenguaje en general, como medio de comunicación y como posible ‘arma de doble filo’ a la cual nos vemos enfrentados diariamente”, sugiere Catalina Mena.

Las diversas connotaciones de la obra, incluidas las feministas, serán discutidas el próximo lunes, a partir del mediodía, en una charla que será transmitida a través del canal de YouTube Live del Museo de Bellas Artes (@MNBACHile).

“Este montaje propone un diálogo directo con la cultura clásica”, dice Catalina Mena.

amplio abanico de posibilidades, tal como las que conlleva la vida misma”, dice Mena, y agrega:

–La cultura clásica es nuestra raíz simbólica y todos hemos sido condicionados a través de ella. Este montaje propone un diálogo directo con esta tradición, y la selección de esta escultura de Venus se entiende desde la intención de poner en juego la idea de una mujer joven idealizada en sus medidas corporales, que dista mucho del cuerpo de la mujer latinoamericana en general.



Antonio Gil

Parlamentos de ayer y de hoy

LA RECTA PROVINCIA

“Está bien que haya un mayor que hable por todos y que sea valiente y rico y alentado”, dijo el viejo cacique. “Siempre ha habido entre los mapuches un mayor; pero desde hace mucho tiempo que no se reconoce. ¡Mayor soy yo!”.

La historia de las relaciones entre mapuches y blancos en nuestro país (recordemos que también hay mapuches en el otro lado de los Andes) no ha sido sólo una amarga historia de atropellos, expolios, abusos y “pacificaciones” a sangre y fuego. También lo ha sido de una vieja serie de encuentros y desencuentros, de intentos de diálogo, de acercamientos más o menos honestos, de acuerdos y desacuerdos que se inician en 1641 con el Parlamento de Quilín, donde se conviene el primer tratado de paz con el pueblo de Arauco, y siguen con el de Negrete en 1793, el de Tapihue en 1825 y el de Coz Coz en enero de 1907 (el mismo año de la masacre de Santa María de Iquique), que fue celebrado cerca de Panguipulli entre jefes mapuches, con el propósito de aunar criterios para ir al encuentro de las autoridades chilenas.

Este último parlamento reunió a representantes de un número importante de rehusos o comunidades, en torno a temas que les eran comunes. De ese encuentro se guardan valiosos registros recogidos por el

periodista Aurelio Díaz Meza, corresponsal de *El Diario Ilustrado* de Santiago en territorio mapuche. En su reportaje, cuenta por ejemplo lo siguiente: “Un indio viejo, alto, vigoroso aún, tuerto del derecho, de melena casi blanca, labios contraídos y gruesos, feo en general, pero imponente, se levantó con tranquilo continente, paseó la mirada por los circunstantes mientras recogía su gran poncho sobre los hombros y con voz entera y tono autoritario dijo: ‘¡Ñi allquim!’ (¡Oiganme!); el silencio fue casi simultáneo al mandato. Mauricio Hueitra, principal de Ancacomoe y cacique de gran prestigio y ascendiente sobre los mapuches, empezó de esta manera: ‘Mucho han parlamentado en esta junta contando lo que les han hecho los huincas y pidiendo que los ancianos digan lo que se ha de hacer para que alguna vez los naturales queden tranquilos en sus posesiones. Bueno. Ahora yo voy a decirles lo que piensan los ancianos y esto han de hacer. Está bien que haya un mayor que hable por todos y que sea valiente y rico y alentado. Siempre ha habido entre los ma-

puches un mayor; pero desde hace mucho tiempo que no se reconoce. ¡Mayor soy yo!”.

Así nos va narrando Díaz Meza lo que vio y escuchó ese día, allá en la explanada de Coz Coz, la pluma volando –taquigráfica según algunos– sobre la cuartilla, mientras el viento puelche iba despeinando a los toquis, trutruqueros y “capitanejos” que galopaban en círculos montando sus caballos enjaezados con ricos arrees de plata.

El joven reportero de Santiago, quien más adelante sería autor de populares novelas históricas y aplaudidas zarzuelas, miraba absorto aquel espectáculo inimaginable para un bisoño periodista de principios del siglo XX chileno. Tan sorprendente como lo sería hoy para legisladores, políticos y dirigentes en general, los que enfrentan cada día el tema mapuche con la boca abierta y los ojos vacíos, atónitos, como si debiesen salir de sus oficinas a entenderse con los hombres azules del Sahara o con los terribles cazadores de cabezas de Papúa Nueva Guinea.